

MARTÍ, AMÉRICA LATINA Y ESPAÑA

Cristopher Abel

Traducción de Magdalena Holguín

"América se llamó Bolívar
Cuba se llamó José Martí ...
sin esos hombres, la Historia carecería de
sus más bellas páginas;
y los pueblos habrían perdido sus más bellos destinos:
ningún pueblo ha hecho nunca cambiar de rumbo
la Humanidad; han sido los grandes hombres
los que han producido los más grandes cambios
de Ideas, en el corazón del Mundo;
la Renovación...
Napoleón...
la Constitución ...
Bolívar ...
la Emancipación ...
Martí ...
la multitud es incapaz de Ideas; no es capaz
sino de sentimientos;
los pueblos sufren la magia de los Genios;
los Genios, se apartan de los pueblos ...
hay una valorización, entre el Genio y el Pueblo;
el Genio salva al Pueblo ...
el Pueblo sufre al Genio ...
y el Pueblo devora al Genio, si la Muerte no se
encarga de devorarlo ...
Roma sacrificó los Gracos
Colombia devoró a Bolívar;
la Argentina expulsó a San Martín;
¿Qué habría hecho Cuba de Martí?
¿No hay derecho, a exterminar aquello que no
ha nacido?
Respetemos la virginidad de lo que es".

(J. M. Vargas Vila, *Obras póstumas de J. M. Vargas Vila. José Martí, Apóstol-Libertador*, París, 1938, Segunda edición. Santo Domingo, 1975) pp. 96-97.

Los recientes escritos dedicados a José Martí han intentado restituirle su humanidad. Ya no se le ve siempre sonriendo inescrutablemente como la Mona Lisa. Prominentes académicos cubanos han intentado disipar los escritos "extra-históricos" y mucho del vocabulario confesional —soñador, apóstol, profeta del amor universal, hombre de concordia y comprensión, evangelio *martiano*— que, durante las décadas de 1920 y de 1930 especialmente, rodearon su nombre y oscurecieron su importancia¹. La erudición literaria ha logrado, sin caer en la trampa de extenderse desmedidamente sobre sus problemas personales, realizar la tarea de desacralización, bajando a Martí del pe-

destal de la perfección sobrehumana². La historiografía reciente ha revaluado la carrera de Martí, analizando de cerca cambios en sus actitudes y revisando esquemas de periodización. Los historiadores enfatizan ahora el período comprendido entre 1886 y 1887 como una fase de transición en su vida, durante la cual se radicalizaron sus concepciones³. Este capítulo se propone avanzar en la dirección de estas tendencias, haciendo una reconsideración de Martí a la luz del cambiante orden internacional de las últimas décadas del siglo XIX, de las cuales fue un agudo y preceptivo observador. Lo expuesto aquí parte de dos presupuestos: que hay un riesgo latente de abstraer a Martí del mundo; y que los historiadores al explicar sus actitudes y acciones, no pueden desconocer la matriz histórica en la que se inscriben, ni la naturaleza de la resistencia de la trama socio-económica y política a la que van dirigidas y que codetermina, por consiguiente, sus resultados.

1. Martí y Bolívar

El vínculo entre Bolívar y Martí es evidentemente central en la comprensión de Martí. Sin embargo las continuidades y las diferencias entre ellos y las circunstancias en las que trabajaron no han sido establecidas con suficiente precisión.

Martí y Bolívar actuaron y fueron limitados por diferentes ambientes internacionales. Bolívar, por una parte, confrontó una España que era todavía uno de los principales poderes europeos, cuyos monarcas confiaban aún en su derecho divino de gobernar y que estaban en posición de obtener apoyo del reciente fortalecimiento de la economía imperial efectuado por Carlos III. Martí, por el contrario, enfrentaba una monarquía española deslucida, decadente y anacrónica, que disfrutaba de un lugar en las convenciones internacionales sólo en virtud de poseer, por la gracia de los grandes

1. Juan le Riverend, "Les années 1930 et le développement des sciences sociales" en *Les années trente à Cuba - Actes du colloque international organisé à Paris en novembre 1980 ...* (Paris 1982), esp. p. 104.

2. José Antonio Portuondo, "Retratos infieles de José Martí". *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 1959, Tercera época, Vol. X, No. 1, Enero-Abril 1968, pp. 5-14.

3. Especialmente, Jorge Ibarra, *José Martí - Dirigente político e ideológico revolucionario* (Habana, 1980).

Estados, colonias dispersas en el Caribe, el Lejano Oriente y en África. Mientras que en 1820 se daba un feroz debate respecto de si los estados sucedáneos del continente hispanoamericano deberían ser monarquías o repúblicas, los protagonistas de la independencia cubana eran irrevocablemente republicanos.

Martí y Bolívar veían a los Estados Unidos de forma diferente. Para Bolívar, los nacientes Estados Unidos no constituían amenaza inmediata alguna para Hispanoamérica: la posibilidad de una reconquista inglesa no había sido eliminada, al menos hasta la guerra anglo americana de 1812; de otra parte, su energía expansionista se concentraba en la colonización de las fronteras. Bolívar, sin embargo, se mostraba cauteloso respecto tanto de los Estados Unidos como de la monarquía brasileña, deseando excluirlos a ambos de las discusiones referentes a los acuerdos federales hispanoamericanos⁴.

En la década de 1880 el contexto internacional se había transformado decisivamente. El temprano énfasis en un débil nexo comercial noratlántico, al cual el occidente cubano y otros productores de caña de azúcar y de café del Caribe se habían integrado parcialmente, fue superado por relaciones económicas internacionales más dinámicas y por el surgimiento de una incipiente economía internacional, y quizás, mundial, con la cual el occidente cubano había establecido fuertes lazos y con la cual el este de Cuba y Puerto Rico poseían vínculos menos estrechos. En los Estados Unidos, la reestructuración central del capitalismo fue complementada por la consolidación de la colonización fronteriza; en las décadas de 1880 y 1890 emerge este país como fuerza expansionista caracterizada por un dinámico capitalismo colectivo, cuyos grupos dominantes se hallaban comprometidos en la aserción de los Estados Unidos como poder continental y más tarde, mundial, de estatus semejante al de Inglaterra, Alemania, Francia y Rusia. Las minorías opositoras mantenían, entre tanto, campañas anti-imperialistas inconsecuentes, argumentando que la expansión ultramarina era contraria al espíritu de la república.

Argumentaban que la expansión agresiva asimilaba los Estados Unidos a las monarquías europeas,

4. Tanto los académicos marxistas como los no marxistas concuerdan en afirmar que las pretensiones de los exponentes del panamericanismo de descender en línea recta de Bolívar son, en gran medida, poco fundamentadas históricamente. Ver, por ejemplo, Miguel Acosta Saignes, *Bolívar: acción y utopía del hombre de las dificultades* (Caracas 1983), esp. pp. 299, 320. También David Bushnell, "The Independence of Spanish South America" en Leslie Bethell, ed. *Cambridge History of Latin America, Vol. III From Independence to c. 1870* (Cambridge, 1985), pp. 95-156.

implicaba riesgos políticos incalculables y gastos militares excesivos, y que era incompatible con los intereses económicos de la mayoría de los ciudadanos norteamericanos⁵. Las ideas de Martí sobre los Estados Unidos, maduras durante largos períodos de exilio, fueron influenciadas tanto por su experiencia y observaciones personales, como por la cuidadosa lectura de los críticos sociales norteamericanos, a quienes reinterpretó desde la perspectiva de un refugiado latinoamericano.

La transformación del contexto ideológico era igualmente evidente. Mientras que el ideal nacionalista se propagó por los Andes a medida que avanzaba la lucha por la independencia, en Cuba este ideal antecedió y animó la primera y abortiva guerra de independencia de 1868-78, y se había asimilado completamente antes del comienzo de la guerra de 1895-96⁶. En tanto que Bolívar elaboró una teoría de autodeterminación nacional como respuesta a exigencias inmediatas, una teoría de este tipo no era necesaria en las décadas de 1880 y 1890. Martí compartía con Bolívar una concepción de la revolución como movimiento social y no sólo como lucha política⁷, pero sus concepciones del nacionalismo eran diferentes, si no antagónicas. Para Martí, el nacionalismo se encontraba inextricablemente ligado a la multiplicidad racial, el imperativo del resurgimiento del idioma español en la escritura y, hasta cierto punto, al anticlericalismo —factores a los que Bolívar debía menor importancia.

En ciertos aspectos, Martí y Bolívar eran similares. Como Bolívar, Martí deseaba que Hispanoamérica ocupara el escenario mundial. Martí celebró el reconocimiento de Méjico en una exposición internacional realizada en Filadelfia; más tarde el de Venezuela y Perú. Registró también la participación de Guatemala en una exposición en París⁸. Así como Bolívar había concebido a Colombia como una potencia mundial que competiría en igualdad de condiciones con Francia o Inglaterra.

5. Sobre la expansión estadounidense, Philip S. Foner, *The Spanish-Cuban American War and the Birth of American Imperialism* (2 vols. N.Y. 1972); T. Paterson, ed. *American Imperialism and Anti-Imperialism* (N.Y. 1973); Lloyd C. Gardiner, Walter La Feber and T. McCormick, *Creation of the Modern American Empire U.S. Diplomatic History* (London, 1973).

6. Ver Simon Collier, "Nationality, Nationalism and Supranationalism in the Writing of Simón Bolívar", en *Hispanic American Historical Review* No. 65 (1983), pp. 37-64.

7. Ver especialmente John Lynch, *Simón Bolívar and the Age of Revolution* (University of London, Institute of Latin American Studies, Working Papers No. 10, 1983).

8. José Martí, *Obras completas* (Habana, 27 vols, Segunda edición, 1975). (En adelante O.C.), XV, n.d., pp. 446-49.

Martí, quizás habiendo perdido en el exilio el sentido de la naturaleza limitada de los intereses y posibilidades de Cuba, concebía exageradas nociones relativas al Caribe hispano como punto de equilibrio del mundo.

En otros sentidos, los dos líderes eran marcadamente diferentes. Compartían la idea de que los conflictos de clase deberían ser pospuestos mientras no se hubiera completado la lucha por la independencia nacional. Pero sus orígenes de clase eran distintos. Bolívar, miembro de una rica familia de productores de cacao, tenía más en común con Madero que con Martí, y daba un mayor énfasis a la propiedad, la estabilidad y la seguridad. Martí y Bolívar tuvieron asimismo un ciclo vital diferente. Martí no vivió lo suficiente como para participar en el establecimiento de la independencia, y por consiguiente, no se vió obligado a exponer detalladamente sus nociones de representación popular y responsabilidad en una Cuba libre, como tampoco sufrió el tipo de críticas de que fue a veces objeto Bolívar, cuando se le acusaba de que el tema unitario de su carrera eran vanidad e inescrupulosidad napoleónicas⁹.

Bolívar era un líder civil eficiente y un soldado comprometido con el profesionalismo militar. Martí, por contraste, no era un soldado, sino un dirigente civil que reconocía el grado de profesionalismo y de experiencia militar que el General Máximo Gómez y otros destacados militares insurgentes habían aportado a la causa de la independencia, pero que prefería dejar en manos de los especialistas la dirección de los combates adjudicando a los civiles las decisiones relativas a la coordinación y asignación de recursos.

La admiración de Martí por Bolívar no era ilimitada. Martí elogiaba las hazañas militares de Bolívar y simpatizaba con sus compromisos constitucionalistas iniciales, sus campañas contra el personalismo, su confrontación con el *caudillismo* en Venezuela, y con algunas de las medidas tendientes a subordinar la Iglesia a intereses nacionales más amplios. En lo referente a cuestiones sociales, sin embargo, Martí criticó severamente a Bolívar. Subestimando quizás cuanto deseaba Bolívar la abolición de la esclavitud, Martí le atribuía la responsabilidad de haber fracasado en completar el proceso de liberación en los países andinos. De manera característica, Martí no atribuía este supuesto fracaso a los orígenes de clase de Bolívar, sino a su incapacidad de observar el impacto des-

humanizante del sistema de castas, emanada de una falta de confianza en el pueblo, del desconocimiento de la "fuerza moderadora del alma popular"¹⁰. A este respecto, se sentía Martí más cercano de Rivadavia: "Rivadavia, el argentino, tenía razón 'Estos pueblos se salvarán'"¹¹. Sobre Cuba, no abrigaba Martí duda alguna:

"Creo a mi pueblo capaz de construir sobre los restos de una mala colonia, una buena república"¹².

2. Martí, estructuras políticas e ideología

Las actitudes de Martí hacia la democracia y la dictadura se formaron inicialmente en la infancia y en la adolescencia bajo el régimen colonial y luego durante la juventud y los primeros años de madurez en España. Martí se identificaba con la República Federal, especialmente con Pi y Margall, el Primer Ministro español, autor de la traducción de Proudhon al español. Martí compartía el difundido desencanto con las consecuencias de la República Federal, considerando que la República de 1874 era poco más que una monarquía camuflada y lamentaba que los *sanos y pujantes* elementos de una generosa y honorable burguesía tuvieran poca influencia en las Cortes.

Las preocupaciones principales de Martí en España eran los eventos políticos liberales cotidianos y los asuntos constitucionales: los debates de las Cortes, los cambios ministeriales, la libertad de prensa, las prácticas electorales, el impacto del personalismo, la autonomía universitaria, las relaciones diplomáticas, y la política del poder¹³. Martí empleaba categorías liberales como la de "opinión pública", y manifestaba su admiración por el liderazgo republicano definido, aquel de Gambetta y Sagasta, observando dentro del típico criterio liberal:

"Las naciones en sus períodos críticos, producen hombres en quienes se encarnan: hombres nacionales"¹⁴.

Las preocupaciones de Martí por las relaciones entre Iglesia y Estado eran convencionales: univer-

9. Ver la valiosa discusión historiográfica en David Bushnell, "The Last Dictatorship: Betrayal or Consummation". *Hispanic American Historical Review* No. 65 (1983), pp. 65-105.

10. O.C. VIII, 1983, pp. 241-50.

11. O.C. IV, 1895, p. 88.

12. O.C. IV, 1892, p. 303.

13. Ezequiel Martínez Estrada, *Martí, revolucionario* (Segunda Edición, Habana, 1974), pp. 134-5.

14. O.C. XIV, 1881, p. 94.

sidad laica versus confesional, libertad de conciencia y matrimonio civil. Informó sobre las amenazas del Papa León XIII de abandonar a Roma para trasladarse a Malta, y expresó su esperanza de una transición a la monarquía constitucional en el Vaticano¹⁵. El periodismo político de Martí fue complementado por reportajes sobre las artes que enfatizaban rasgos de una cultura burguesa, aunque republicana, tales como las elecciones en la Academia Francesa.

Para Martí, el fundamento de las repúblicas no era estructural: era ético. Buscaba como su base un cambio fundamental en el comportamiento humano y una conducta cívica desinteresada. Por eso su explicación de la caída de la República española se encuentra expresada en términos de cualidades personales —falta de profundidad, pureza, energía y visión de su liderazgo político, con la honrosa excepción de Pi y Margall¹⁶. El análisis de Martí se presenta en términos de calidades personales y no de estructuras políticas. La calidad de su descripción es evidente en su irónico retrato de Sagasta en las Cortes:

“Satisfecho de su triunfo, Sagasta se sienta a reposar, y deja vagar sobre sus labios, como una mariposa harta de miel de flores, su sonrisa volteriana. Cree a despecho suyo, en la libertad. Rompe en cada combate todas sus lanzas en provecho de sí mismo, menos una —que rompe siempre en beneficio de la libertad”¹⁷.

Haciendo una referencia de paso a “la España que trabaja, sufre y vive, pero no vota”, Martí observó pero no analizó los problemas que conllevaba el poner en práctica los imperativos morales y políticos que predicaba. No hizo análisis alguno sobre cómo los valores liberales —tolerancia, sujeción, etc.— pudieran ser sobrepuestos a las estructuras políticas, donde afianzados intereses regionales y locales fingían defender el Liberalismo al tiempo que desplazaban bloque de votos en favor de prioridades privadas y perpetuaban hábitos de caciquismo que traicionaban su vocabulario liberal. Afirmar lo anterior no constituye una crítica *ex post facto* de Martí, puesto que sus contemporáneos españoles hacían ya en ese momento observaciones estructurales y discriminaciones finas, agudas y apropiadas aun cuando no sistemáticas. Críticas semejantes de la sociedad y de la política española alcanzaron su apogeo en los voluminosos

escritos del aragonés Joaquín Costa, quien les dio expresión formal, después de la muerte de Martí en 1901.

“Llegó septiembre de 1868; ocurrió el alzamiento el día 29, tan sonado; surgieron por todas partes Juntas revolucionarias; vibraron los himnos patrióticos; proclamose la soberanía nacional; y en medio del mayor entusiasmo una Constitución democrática fue promulgada. Pues lo mismo que si no hubiésemos promulgado nada. Se habló de obstáculos tradicionales, y el trono del monarca fue derribado; pero el verdadero obstáculo tradicional, el trono del cacique quedó incólume, y todo aquel aparato teatral, manifiesto de Cádiz, juntas revolucionarias, destronamiento de la reina, Constitución democrática, soberanía nacional, no pasó de la categoría de pirotecnia: la graduamos de revolución, y no fue más sino un simulacro de revolución ... Es como la superposición de dos Estados, uno legal, otro consuetudinario: máquina perfecta el primero, reglamentada por leyes admirables, pero que no funciona; dinamismo anárquico el segundo, en que libertad y justicia son privilegio de los malos, donde el hombre recto, como no claudique y se manche, sucumbe”¹⁸.

La misma ausencia de análisis estructural es evidente en la descripción que hace Martí de la conexión de España con Cuba. Informó sobre el enérgico repudio de Sagasta a las violaciones de las elecciones cubanas, y su protesta ante el desdén hacia Cuba manifestado por Cánovas. Martí protestó por el impacto adverso sobre Cuba de las tímidas reformas en las tarifas, y censuró la incomprensión de los cubanos evidenciada por un reformista canario, Ministro de Ultramar, León y Castillo, quien calificaba de desagradecidos a aquellos cubanos que rechazaban su propuesta de asimilación como alternativa al estatuto autónomo o al de colonia¹⁹. Relacionando la determinada negativa de España de ceder su control sobre Cuba con otras características malsanas del nacionalismo español, Martí censuró los intentos de inflar el orgullo nacional mediante la exageración de humillaciones menores en Marruecos, y de las supuestas ofensas cometidas por los franceses contra los españoles en Túnez²⁰.

¿Cuáles fueron las principales influencias intelectuales que recibió Martí? Su deuda con Lamartine ha sido objeto de un sinnúmero de conjeturas²¹. Estrade ha atribuido cautelosamente el énfasis de Martí sobre la regeneración de los masones y sobre

15. O.C. XIV, 1881, pp. 79, 134.

16. Ver Cintier Vitier y Fina García Marmiz, *Temas martianos* (Habana, 1969), p. 28.

17. O.C., XIV, 1881, p. 67.

18. Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo. Colectivismo agrario y otros escritos (antología)*, (ed. Rafael Pérez de la Dehesa, Segunda edición, Madrid, 1969), pp. 20-1.

19. O.C., XIV, 1881, pp. 49, 188, 213-5.

20. O.C., XIV, 1881, p. 69.

21. Angel Augier, *Acción y poesía en José Martí* (Habana, 1982), p. 242.

la necesidad que tienen los pecadores de una redención personal a Victor Hugo²². Una concepción minoritaria ve a Martí como un discípulo del idealista materialista, Luis Buchner²³. Convencionalmente, se asocia a Martí con la difusión de las ideas de Karl Krause en España, en los años 1868-74. El *krausismo* ha sido diversamente considerado como una síntesis prematura y como un mal definido eclecticismo que contiene una reformulación de Kant. Algunos especialistas argumentan que el *krausismo*, aun cuando carece de peso intelectual, constituyó un instrumento oportuno y valioso para los españoles, aislados del curso principal del pensamiento europeo y sujetos a largos períodos de intolerancia religiosa. Según esta posición, el *krausismo* suministró una orientación ética apropiada para la juventud —una religión de la virtud razonada— que descansaba en categorías comprensibles para una generación inmersa en la ortodoxia católica. Tal posición identifica el *krausismo* con el liberalismo, la reforma educativa y penal, la descentralización, y la transformación de la educación, especialmente en lo relativo a los estudios filosóficos. Puede observarse una relación entre las tesis principales del krausismo y el desenvolvimiento de las ideas de Martí: la creencia mística en la armonía natural, el misticismo subjetivo con posibles matices panteístas, y un radicalismo filosófico que proponía el propósito moral en lugar de la utilidad como criterio para las instituciones²⁴.

Sin embargo, quizás sería más apropiado no intentar clasificar a Martí en la categoría de discípulo directo, en parte porque la amplitud de sus lecturas sugiere la voluntad de absorber diversas ideas, y en parte porque el *krausismo* mismo fue heterogéneo en su contenido y sujeto a numerosas influencias. Martí podría verse, más bien, como un producto del ambiente intelectual propiciado por el *krausismo* —caracterizado por la apertura y la preocupación por la moral, por la regeneración educativa y cultural— más que como el discípulo de cualquier tradición única.

La amplitud de los intereses de Martí se evidencia en su deuda con el romanticismo. Resulta anacrónico considerar la política de Martí sin tener en

cuenta el contexto romántico de sus actitudes políticas. Lejos de ser un romántico literario, en el sentido de escribir egocéntricamente, era un modernista en su empleo de la metáfora y del simbolismo y en el intimismo de sus temas. Igualmente, tampoco puede decirse que sea un romántico en lo referente al rechazo de las tiránicamente rígidas reglas del clasicismo, puesto que éstas nunca se aplicaron en Cuba y apenas influyeron en España, ni en lo referente al rechazo del método científico. Quizás pueda verse algún romanticismo en el interés de Martí por el deísmo; pero claramente está ausente en el compromiso con una versión personal de un fortalecido catolicismo.

Sin embargo, en un sentido político más amplio, puede observarse un retardado romanticismo transferido a un ambiente no europeo. Las connotaciones épicas de Martí se encuentran en su política, no en su poesía, especialmente en su cruzada para alejar a Cuba de la visión monolítica de la realidad impuesta por un estado colonial autoritario que negaba la relación que Martí buscaba iluminar entre pensamiento y sentimiento. Martí rechazó exponentes de una auténtica experimentación sin contenido social o político, considerando la prosa como un servicio patriótico y la poesía como una necesidad accesoria, a veces injustificable²⁵. La insistencia poética sobre la autocomprensión fue traducida a la noción política de Latinoamérica pasando de la derrota a la comprensión de sí misma, y de allí a la completa emancipación.

Al igual que los románticos, Martí no creía en valores absolutos y perseguía la liberación del absolutismo político y eclesiástico y de un sistema social jerárquico, racionalizado sólo en términos de cosmologías obsoletas, en el cual, a finales del siglo XIX, no confiaban siquiera sus mismos defensores. Buscaba una revolución que hiciera posible la recuperación de la propia autenticidad. Su búsqueda de identificación personal se agudizó durante los largos períodos de exilio. En su correspondencia privada, en 1886, Martí admitía la frustración que experimentaba por carecer de control sobre su propio destino, y expresaba su angustia por encontrarse exilado en países donde no tenía derecho a intentar un mejoramiento de las condiciones imperantes, su impotencia para cambiar a

22. Paul Estrade, *José Martí - militante y estratega* (Habana, 1983), pp. 11-35.

23. Esta concepción fue expuesta por José A. Beguez Cesar, *Martí y el Krausismo* (Habana, 1943).

24. Sobre el impacto del krausismo en España, esp. Raymond Carr, *Spain, 1808-1939* (Oxford, 1966), p. 301-4; sobre la incidencia del krausismo en Martí, Luis Toledo Sande, *Ideología y práctica en José Martí - seis aproximaciones* (Habana, 1982), p. 140 y ss. y el libro de Peter Turton, que será publicado por Zed Press, Londres.

25. Las publicaciones referentes al romanticismo europeo son demasiado numerosas para citarlas. J.L. Talmon *Romanticism and Revolt* (Londres, 1965), pp. 135-65, constituye una útil introducción a este tema. En palabras de Rubén Darío, los versos libres de Martí eran: "... versos de un hombre de libertad, versos del cubano que ha luchado, que ha vivido, que ha pensado, que debía morir por la libertad". Citado por Angel Augier, *Acción y poesía en José Martí* (Habana, segunda edición, 1982), pp. 204-5.

Cuba, y el dolor que le producía el no poder atender a sus obligaciones familiares²⁶. Sin desconocer los derechos individuales, Martí enfatizaba la individualidad; sin rechazar la razón, enfatizaba la intuición²⁷. Estos dos aspectos se observan en la forma como Martí subraya repetidamente la importancia del comportamiento cívico desinteresado, la simplicidad y la austeridad —como también en la periódica recurrencia del tema del martirio. Ya en 1871, escribía:

“El martirio por la patria es Dios mismo, como el bien, como las ideas de espontánea generosidad universales”²⁸.

El tema del martirio es retomado enfática y explícitamente en 1889:

“Yo creo en el culto de los mártires”²⁹.

El romántico político en Martí admiraba más el heroísmo que el genio, especialmente en Garibaldi:

“... la libertad, patria humana, tuvo un hijo, y fue Garibaldi: fue él. Su inteligencia, no hecha al yunque ni al esmero, vaga y yerra: mas su magnánimo corazón, que no conoce cansancio ni vejez, recaba prestamente para el héroe la admiración que un extravío intelectual o un exceso de bondad momentáneamente le enajenan. Se le conoce como a un salvador y como a un padre”³⁰.

Martín era selectivo. Traductor de *Mes Fils* de Victor Hugo, compartía con este autor la fuerza e intensidad proféticas, y quizás su tendencia al gesto grandioso; pero no hay evidencia en Martí de un énfasis sobre lo grotesco o lo malvado, aun cuando su insistencia en la armonía del universo quizás deba más a Hugo que a Krause. Martí repudiaba aquellas ideas románticas que proponían deshacerse de las restricciones, el orden y el decoro, puesto que para él, el régimen colonial representaba el desorden, la falta de restricción y de decoro; rechazaba asimismo la idea de que el hombre común fuese un filisteo. En estas condiciones, su preocupación por infundir al activismo político resulta comprensible, especialmente en lo referente a su interés por la Sociedad Literaria Hispanoamericana en Estados Unidos y su acogida

a una editorial hispanoamericana en Nueva York en 1894³¹.

Para Martí, la revolución en la sensibilidad se encontraba ligada a la revolución política y social; la emancipación de la sociedad se vinculaba irrevocablemente con la emancipación de la imaginación. Tal fusión debía colocarse al servicio de la causa del Caribe y de Hispanoamérica.

El romanticismo político de Martí se relaciona con su anticlericalismo. Durante toda su vida, sus escritos reflejan un típico anticlericalismo y un amplio deísmo³². En Cuba, la Iglesia no desempeñó un papel de importancia durante el régimen autoritario colonial. El gobierno liberal, anticlerical de Madrid, aliado con los propietarios criollos, había atacado el estatuto privilegiado y la riqueza de la Iglesia cubana, y ésta nunca se recuperó. La Iglesia oficial, propietaria de esclavos, tenía poca influencia sobre los elementos negros y mulatos de la sociedad cubana, quienes preferían los cultos africanos y los sincretismos populares. La calidad y el compromiso del clérigo cubano (en su mayoría españoles, pues pocos cubanos eran ordenados), eran reputadamente bajos. Según un viajero inglés protestante, evidentemente prejuiciado, Cuba constituía un traslado impopular para los clérigos españoles, por cuanto disfrutaban de mayor poder e ingresos en la España metropolitana, así como de mejor salud; Cuba era la “Bahía de Botany del clero católico romano”³³.

Posiblemente era Martí un librepensador y un masón; por esta razón no se mostraba hostil a las creencias religiosas personales, pero se oponía decididamente a la intervención de la Iglesia en la política. Martí atribuía a Cristo sólo sus cualidades humanas³⁴. Cuando la caída de la monarquía española, escribió con ironía sobre el papel de la religión como instrumento de las clases privilegiadas³⁵. En Méjico asumió una línea anticlerical convencional, refiriéndose desdeñosamente a la prensa católica “vestida con el manto de piedad”. Anotaba con aprobación que los misioneros pro-

26. O.C. XX, 1886, p. 91.

27. Ver Antonio Melis, “Lotta antimperialista e lotta di class in José Martí”, en *Ideologie, Quaderni di storia contemporanea* No. 5-6, 1968, pp. 100-20.

28. O.C., I, 1871, p. 61.

29. O.C. XX, 1889, p. 355.

30. O.C. XIV, 1881, p. 100.

31. O.C., XX, 1891, pp. 392-3; V, 1894, pp. 440-1.

32. O.C., I, 1871, pp. 45-76.

33. Ver, por ejemplo, Manuel Moreno Fragnals, “Iglesia e imperio”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, V, Enero-Diciembre 1963, Nos. 1-4, pp. 11-34; Miguel Figueroa y Miranda, *Religión y política en la Cuba del siglo XIX. El obispo Estrada visto a la luz de los archivos romanos 1802-1832* (Miami, 1975).

34. Luis Toledo Sande, *Ideología y práctica en José Martí - seis aproximaciones* (Habana, 1982), p. 157.

35. O.C., XIX, n.d., pp. 392-5.

testantes norteamericanos confrontaban no sólo el clericalismo rural y el ultramontanismo urbano, sino

“El pueblo de las ciudades ... si no religioso, ha ido demasiado adelante en su fe en la libre razón para volver a las negociaciones tímidas y concepciones incompletas del protestantismo”³⁶.

En Guatemala exhibió Martí un elegante anticlericalismo, subestimando la seriedad de propósito y la elasticidad del clero, mostrándose divertido con la voluptuosidad de las imágenes de las vírgenes que adornaban las iglesias:

“Afortunadamente hay vivas vírgenes”³⁷.

En cierto sentido, las actitudes religiosas de Martí no necesitaron un desarrollo ulterior, por cuanto la Iglesia no constituía un problema para la lucha de independencia y no opuso más que una resistencia obligada a la introducción de una constitución explícitamente atea cuando esta terminó. Las actitudes de Martí eran las usuales para un cubano:

“Hay un dios: el hombre ...”

“El ser religioso está entrañado en el ser humano. Un pueblo irreligioso morirá, porque nada en él alimenta la virtud”³⁸.

La falta de claridad que rodea la posición de Martí hacia el socialismo y el anarquismo puede explicarse ampliamente por su falta de precisión. El predominio del marxismo dentro del socialismo internacional, contrariamente a las afirmaciones de algunos marxistas posteriores, estaba lejos de encontrarse asegurada; seguidores de Marx y de Lasalle disputaban todavía su influencia, y otras alternativas socialistas mantenían su atractivo³⁹. Martí se esforzaba por desarrollar una ideología apropiada para las condiciones de Hispanoamérica, y reconocía que las principales ideas socialistas europeas respondían a un ambiente de rápida urbanización e industrialización. En 1883, Martí veía en Marx un ardiente reformador y un internacionalista:

“... Karl Marx estudió los modos de asentar el mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos. Pero anduvo de prisa y un tanto en la sombra, sin ver que no nacen

viabiles, ni de seno de mujer en el hogar los hijos que no han tenido gestación natural y laboriosa. Aquí (Nueva York) están buenos amigos de Karl Marx, que no fue sólo movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer bien. El veía en todo lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha”⁴⁰.

Mientras que perseguía alternativas radicales al egoísmo de Adam Smith, Martí permanecía distante del socialismo. Retamar lo cita en 1894:

“Dos peligros tiene la idea socialista, como tantas otras: —el de las lecturas extranjerizas, confusas o incompletas—, y el de la soberbia y rabia disimulada de los ambiciosos ...”⁴¹.

Martí, en palabras de Portuondo, no aceptaba la lucha de clases pero llegó a reconocer diferencias de clase y la necesidad de la justicia social⁴². Sólo en 1899, después de la muerte de Martí, fue fundado un partido socialista en Cuba. Sus orígenes ideológicos fueron bastante heterogéneos: contaba entre sus antecedentes tanto la obra de Martí como el pensamiento social del Papa León XIII⁴³.

Problemas análogos surgían respecto del anarquismo. Durante su estadía en España, Martí mostró poco interés por el anarquismo, a pesar de la difusión gradual propiciada entre 1870 y 1871 por la sección española de la Internacional de un conocimiento del debate Marx-Bakunin y, en 1873, de una ola de huelgas espontáneas y de incendios de fábricas⁴⁴. Indudablemente, la falta de interés de Martí por el anarquismo se explica principalmente en razón de sus prioridades, especialmente su preocupación por la precariedad de una naciente burguesía. Puede deberse también a la ubicación periférica del anarquismo en España, y al hecho de que el anarquismo no tenía aún las dimensiones más amplias que adquirió en la década de 1930⁴⁵.

36. O.C., VI, 1875 p. 220; XXIII, 1882, p. 49.

37. O.C., VII, 1878, p. 153.

38. O.C., VI, 1875, p. 226; XIX, n.d., pp. 392-5.

39. José Cantón Navarro *Algunas ideas de José Martí en relación con la clase obrera y el socialismo* (Habana, 1981), esp. pp. 50-61.

40. O.C., IX, 1883, p. 388.

41. Roberto Fernández Retamar “Desatar a América y desuncir al hombre” en *El partido revolucionario cubano de José Martí* (Habana, 1982), p. 84.

42. José Antonio Portuondo, “Vigencia del latinoamericanismo de José Martí” *Cuba socialista* Año II, No. 4 (5), Oct. 1982 - Feb. 1983.

43. “Manifiesto del Partido Socialista Cubano” en *El movimiento obrero cubano. Documentos y artículos. Tomo I. 1865-1925*. (Reproducido Habana, 1981), pp. 162-5; J. Rivero Mumiz, *El primer Partido Socialista Cubano - Apuntes para la historia del proletariado en Cuba* (Las Villas, 1962).

44. James Joll, *The Anarchists* (Londres, 1964), pp. 224-64.

45. Ver especialmente Raymond Carr, *Spain, 1808-1939* (Oxford, 1966), esp. pp. 440-55.

Sin embargo, resulta curioso que Martí no hubiera anticipado la potencial importancia del anarquismo en Cuba, anterior a la que tuvo en España, particularmente si se considera que muchos emigrantes anarquistas de orígenes españoles diversos, se encontraban estratégicamente localizados en La Habana. Ciertamente, los emigrantes europeos concebían frecuentemente el Nuevo Mundo como una *tabula rasa* libre de las petrificadas estructuras de sus países de origen, desde sus visiones podían ser puestas fácilmente en práctica ...

Martí compartía muchas de las ideas anarquistas. Pensaba que el presente era climatérico; buscaba elaborar una ideología adecuada para países con poca o ninguna industrialización, donde el socialismo no era una tendencia influyente. Tenía nociones análogas a las de los anarquistas en el sentido de abarcar la totalidad de la comunidad de los desposeídos, y compartía la percepción de instituciones culturales comunes y uniones incipientes como bases estructurales de la actividad política radical⁴⁶. Otros aspectos del anarquismo eran claramente incompatibles con el pensamiento *martiano*, especialmente la hostilidad a todas las nociones de *patria* como inconsistentes con el internacionalismo, y el recurso anarquista a los actos individuales de terrorismo y de venganza simbólica. Mas aún, la observación pragmática de la expansión norteamericana había hecho que Martí fuera poco receptivo respecto de los ideales de una sociedad federal basada en comunidades auto contenidas y auto reguladas que la pondrían en situación desventajosa en caso de una confrontación con un capitalismo corporado beligerante⁴⁷.

Un liberalismo gradualmente radicalizado constituyó siempre la característica dominante de la ideología *martiana*. Frecuentemente se subvalora el hecho de que, hasta finales del siglo XIX, el liberalismo de los países latinoamericanos, especialmente durante los regímenes coloniales, conservaba todavía un potencial radical y revolucionario. El internacionalismo del lenguaje, la insistencia sobre el ejercicio del juicio individual y la eficacia de la acción individual, sumadas a una generosidad latente —todos estos elementos evidencian un agudo contraste con las rígidas actitudes asumidas por la administración colonial española en sus últimas décadas. En la década de 1880, el

vocabulario liberal se hallaba ampliamente difundido en Cuba. La propagación de las ideas liberales asociada con los movimientos independentistas del continente americano se veía reforzada por los ocasionales gobiernos liberales españoles. Las campañas electorales para elegir representantes cubanos en las Cortes españolas durante fugaces *aperturas*, suministraron oportunidades para la ampliación de la crítica al régimen colonial. El hecho de que mucho antes de 1895 el liberalismo se había constituido en la posición intelectual prevalente se evidencia en el fracaso de los ideólogos del gobierno en su intento de restituir la racionalidad autoritaria acorde con las cambiantes circunstancias. Las prioridades del liberalismo económico fueron adoptadas por las élites cubanas desde la década de 1880 —la limitación de las restricciones al comercio externo al imperio, las medidas contra la riqueza de la Iglesia, la abolición de la esclavitud, y la entrada irrestricta de la inversión inglesa y norteamericana. Asimismo, las tesis principales del liberalismo político habían sido debatidas con anterioridad. En 1880 eran ya los aceptados y reiterados lugares comunes de la oposición y se habían integrado a la mentalidad popular, formada y reformada por la experiencia de las revueltas de los esclavos, el bandolerismo social, y la primera, abortiva guerra de independencia⁴⁸. El lenguaje liberal no era en absoluto monopolio de los *independentistas*. Las nociones de libertad, justicia y tiranía tenían resonancia por ser compartidas con los autonomistas y los anexionistas. Todos estos tres grupos recurrían a la misma trama de supuestos y de argumentos típicos, invocaban un lenguaje popular, símbolos y mitos semejantes, y compartían cierta sensibilidad hacia los posibles usos del lenguaje, aun cuando emplearan los mismos conceptos con propósitos opuestos.

La influencia de Martí derivó, en gran medida, de su habilidad para utilizar un lenguaje común al servicio de fines radicales. Compartía con sus predecesores en la oposición y con sus contemporáneos, el apelar a la dignidad personal y el énfasis sobre la ruptura con las complacencias del régimen colonial; daba especial importancia a la realización de la personalidad en el contexto de la fraternidad; invocaba una *patria* superior que sería generada mediante la dedicación y la virtud cívicas, y una moral sencilla y superior de limitadas aspiraciones materiales. Aquello que principalmente distinguía a Martí de sus predecesores y de los anexionistas y autonomistas, era su visión optimista de la participación política de las masas. Esto ya se hacía evidente en su identificación con el mutualis-

46. Temma Kaplan, *Anarchists of Andalusia 1868-1903* (Princeton, 1977); Juan Díaz del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas* (Madrid, 1967); Jean Becard y Gilles Laponge, *Anarchistes d'Espagne* (París, 1970), pp. 9-52.

47. Joll, loc. cit.; Josph Termes, *Anarquismo y sindicalismo en España: Primera Internacional (1864-1881)* (Barcelona, 1982); José Álvarez Junco *La comuna en España* (Madrid, 1971), esp. pp. 1-20.

48. Jorge Domínguez, *Insurrection and Loyalty. The Breakdown of the Spanish American Empire* (Harvard, 1980).

mo cooperativo de los primeros sindicatos mejicanos en 1875-76, y en su apoyo a las actividades huelguistas iniciales en los sectores textil y minero⁴⁹.

Martí rechazaba explícitamente las concepciones elitistas donde la politización de las "clases humildes" constituía el resultado ocasional y adventicio de la competencia generada en las clases altas, y no temía los riesgos conllevados por despertar expectativas populares exageradas del gobierno. Martí reconocía probablemente las ventajas prácticas de dicho optimismo, especialmente el valor pragmático de la participación política popular como medio de realizar su concepción de una *Cuba libre*. Dada la ausencia de un patronazgo, la única manera de obtener los recursos suficientes para adelantar una guerra de independencia con éxito era acceder a las exigencias populares de cambio social, y Martí buscó satisfacerlas dentro del marco de la conciliación de clases. La independencia sólo podía ser lograda encausando los sentimientos de protesta latentes desde hacía muchos años y la politización residual de períodos anteriores.

3. Martí y la integración de la experiencia norteamericana

Los largos períodos durante los cuales Martí estuvo expuesto a las consecuencias sociales de la industrialización, la urbanización y la emigración masiva no lograron debilitar los supuestos y actitudes que había adquirido en Hispanoamérica y España. Tanto su lectura de los autores norteamericanos como su observación de la sociedad norteamericana confirmaron el énfasis dado en sus escritos a la armonía y a la reconciliación.

Así, puede considerarse que la admiración de Martí por el análisis de la angustia concomitante a un mundo de riqueza presentado en los escritos de Henry George, era totalmente consistente con las posiciones que previamente había adoptado. Reluctante a abandonar sus actitudes liberales pasadas, Martí se sintió atraído por el intento de George de reconciliar el *laissez-faire* liberal de Smith y de Ricardo con el socialismo de Proudhon y de Lassalle. George buscaba distinguir los beneficios monopolistas de los legítimos beneficios del capital, y presentaba una política de redistribución de la tierra tendiente a conseguir una sociedad más justa. Argumentaba que la concentración excesiva de la propiedad privada era la causa del esclaviza-

miento de la clase obrera que conduce a la anarquía y al despotismo⁵⁰.

Un énfasis análogo sobre el mejoramiento y el cambio sociales sin recurso a la violencia política podía ser observado en la crítica de Bellamy al sistema industrial norteamericano, que influyó notablemente en Martí. Martí seguía a Bellamy en la concepción de Norte América como litoral oriental. Ambos rechazaban la preocupación exclusiva por el bienestar material, creían que un individualismo excesivo era incompatible con el espíritu patriótico, atribuían al sistema industrial la pobreza, y enfatizaban el derecho de los hombres a una participación equitativa en la producción industrial. Bellamy reflejaba y reforzaba las versiones igualitarias del liberalismo, que rechazaban e intentaban domeñar la forma emergente dominante del capitalismo corporativo. Martí simpatizaba con aquellas posiciones de Bellamy que pedían la eliminación de la motivación utilitaria y de los intermediarios, la restauración del espíritu de servicio, e invocaban la igualdad de oportunidades, el desarrollo de las aptitudes naturales, la práctica de la emulación como incentivo, y la unificación del mundo en una única nación federal⁵¹.

La influencia de Bellamy fue complementada por la de Emerson, quien adoptó un "misticismo pragmático" donde se afirmaba la primacía de lo espiritual sobre lo material, y quien expresaba respeto por el cristianismo —pero no por sus manifestaciones institucionales— y un énfasis puritano en la integridad de las experiencias religiosas individuales. Las prioridades de Martí se manifestaban en las frases que empleaba para elogiar a Emerson:

"Poesía del espíritu humano ... Castidad de expresión y sinceridad de pensamiento ... una serena gratitud"⁵².

Basándose en sus lecturas y observaciones, Martí aconsejaba cautela —ni adulación acrítica ni rechazo total— hacia los Estados Unidos. Expresaba admiración por el heroísmo de las guerras de independencia, por la energía física y por los logros materiales de Norteamérica, por el clamor popular de reforma, especialmente en lo referente a la deshonestidad electoral, y finalmente, por la "clásica ciudad" de Boston, ciudad de místicos y de agnósticos políticos tales como Motley, Long-

50. Especialmente George, *Progress and Poverty: An inquiry into the cause of industrial depression* (Escrito en 1877-9, 4a. edición, Londres, 1882).

51. Bellamy, *Looking Backward 2000-1887* (Primera edición 1887; Boston, 1917).

52. O.C., XIX, n.d., p. 355.

49. Paul Estrade, loc. cit., pp. 11-35.

fellow y Emerson⁵³. Por otra parte, Martí criticaba severamente la calidad de la justicia, el beneficio de los cargos públicos, y la política con base ciudadana; deploraba asimismo el filisteísmo de los industriales⁵⁴. Martí estaba alerta a la posibilidad de que el dominio irrestricto, comercial y financiero de Wall Street, que despertaba la ira de los populistas norteamericanos en el sur y en el oeste de los Estados Unidos, fuese en breve transferido a Cuba, con consecuencias adversas similares para los pequeños agricultores, a quienes, al igual que los populistas norteamericanos, consideraba la base de una democracia radical.

El exilio en los Estados Unidos nunca tuvo como efecto una política de clase claramente articulada en Martí. Su pensamiento se encontraba permeado por un humanismo literario, caracterizado por ideas imaginativas y por una preferencia por las analogías relativas a la armonía de la familia. Sus escritos manifestaban una idealización convencional de los intereses comunes y de las metas de la familia, combinada con un énfasis en el papel ejemplarizante del paterfamilias, y con valores reminiscentes de de Tocqueville: dignidad, honor, decoro, y la búsqueda de la felicidad. Mostraba poco interés por el refinamiento conceptual, y una clara aversión hacia conceptos tales como diferenciación étnica y lucha de clases.

Lo anterior no significa que Martí desconociera las dimensiones crecientes del conflicto social. Es indudable que los atentados con bombas en el mercado de heno de Chicago, que marcaron el climax del descontento laboral en los Estados Unidos, absorbían las preocupaciones de Martí; y que sus consecuencias despertaron en Martí la consideración de la creciente profundidad y complejidad de la estratificación social en los Estados Unidos. Después de condenar inicialmente la acción anarquista, Martí pasó a atribuir a los comerciantes, concentradores del ingreso y maximizadores de ganancia, la responsabilidad tanto de haber hecho abortar la visión liberal de una sociedad armónica en la que todos los grupos sociales compartiesen la prosperidad, como de haber destruido la confianza previamente existente en el buen nombre de un liderazgo político virtuoso.

La fluidez de las estructuras de clase, y la regionalización de la formación de clase en los Estados Unidos y en Latinoamérica a finales del siglo XIX, precluyeron probablemente análisis más sofisticados

de las relaciones de clase en la obra de Martí. Su prioridad —una *Cuba libre*— exigía, de cualquier manera, una alianza de clases. La lucha de independencia encarnaba un reto a los supuestos coloniales que subyacían a una estructura de clases rígidamente piramidal, que generaba explosiones de tensión social, las cuales, a su vez, suministraban una justificación al autoritarismo y a la disciplina externamente impuesta. Los líderes de la independencia respondían a las exigencias populares que los límites de la propia realización deberían ser expandidos, y se aprovechaban —especialmente entre los trabajadores emigrados— del debilitamiento del respeto por los valores que sostenían una sociedad rígidamente estratificada. Martí y sus colaboradores formularon exigencias persistentes relativas a conceder la totalidad de los derechos civiles a la población negra y mulata, que, a pesar de la legalización en 1881 de los matrimonios interraciales, fueron negadas aún en 1890-91. La causa multirracial estaba tan profundamente identificada con la lucha de independencia, que la tardía aceptación del gobierno español de la legislación desegregacionista en 1894 tuvo poco impacto⁵⁵.

El compromiso de Martí con el multirracismo y con la idea de que una guerra tanto multirracial como nacional tendría efectos niveladores e igualitarios deseables, tuvo un profundo impacto sobre una generación más joven⁵⁶.

Un vocabulario compuesto de amalgamas eclécticas y de nociones pluralistas, formados durante los períodos de exilio, le fue útil a Martí para eludir la rigidez de la invocación de clase y para ampliar su base de apoyo, con el fin de unir fragmentos de la élite criolla con sectores móviles de la fuerza de trabajo. Martí estaba empeñado en unir grupos cuya combatividad de clase y militancia étnica se intensificaran mediante una posición impuesta externamente, especialmente la conciencia de casta que sobrevivió por muchos años a la esclavitud.

4. Diagnóstico y prescripción para Cuba e Hispanoamérica

Martí fue un agudo observador de la dramática transformación del orden político y económico

53. O.C., IX, 1881, pp. 45, 88, 98; IX, 1883, p. 337.

54. O.C., IX, 1881, pp. 64-85.

55. Verena Martínez-Alier, *Marriage, class and colour in nineteenth century Cuba. A Study of Racial Attitudes and Sexual Values in a Slave Society* (Cambridge, 1974), p. 41.

56. Esto se observa, por ejemplo, en Pedro Deschamps Chapeaux, Rafael Serra y Montero, *Obrero incansable de nuestra independencia* (Habana, 1975).

internacional iniciada en las tres últimas décadas del siglo XIX. Escribió sobre la expansión del comercio y de la inversión internacionales, y le preocupaba el que otros países como Argentina y Méjico diversificaran sus perfiles de exportación en tanto que Cuba permanecía excesivamente confiada en el mismo monocultivo que dominaba su comercio exterior en la década de 1840. Martí escribió asimismo sobre la emigración internacional, manifestaba la preocupación de que una escasez crónica de trabajo pudiese diferir la prosperidad que preveía para el continente y, como sus contemporáneos del Cono Sur, mostró gran interés en los esquemas de colonización de Nueva Zelanda⁵⁷. Por haber sido víctima del exilio y de la emigración forzosa, Martí fue un temprano observador de la importancia de las migraciones intracontinentales, ejemplificando en sí mismo modelos de transmisión de ideas radicales y de su asimilación selectiva.

La concepción de Martí del continente era una concepción del norte. Sus generalizaciones sobre Latinoamérica (o, como insistentemente decía, Hispanoamérica) se formaron exclusivamente con base en su experiencia de Cuba y de las repúblicas al norte de ésta. No hay evidencias de que sus viajes se hubieran extendido más al sur de Venezuela. Entre las repúblicas hispanoamericanas, sentía particular admiración por la Argentina. Rechazando los estereotipos de los emigrantes italianos, organistas, vendedores de fruta, limpiabotas, Martí enaltecía los méritos de los italianos como industriales, escritores y actores que enriquecían y fortalecían la economía y la cultura de Buenos Aires⁵⁸. El empeño argentino en la ampliación de sus fronteras, la actitud del gobierno argentino que propiciaba la emigración europea, la colonización urbana y rural, y la creación de un clima comercial conducente al desarrollo de las instituciones bancarias y financieras, merecían generosos elogios de Martí en la década de 1880.

La percepción de Martí de la Argentina estaba determinada, en gran medida, por la concepción típica de la costa oeste de los Estados Unidos. En sus escritos sobre los Estados Unidos, Martí evidenciaba poca comprensión de la dimensión y el carácter del conflicto fronterizo. La única excepción a lo anterior eran las ocasionales referencias a la urgencia de asignar terrenos a los indios norteamericanos, tanto para compensarles por la

depredación de la que habían sido objeto, como para impedirles la beligerancia contra la agricultura a pequeña escala, donde pudieran participar en el orden prevalente y en el mercado. Martí proyectó más tarde esta visión de frontera libre de conflicto a la Argentina, modificándola parcialmente sólo en 1890 cuando manifiesta su preocupación por la destrucción de las tradiciones *gauchas*. Sin embargo, dichas cautelosas revisiones no fueron desarrolladas hacia un amplio análisis de las tensiones rurales entre *estancia* y *gauchos*, trabajadores rurales y terratenientes, o siquiera entre grandes estancieros y pequeños terratenientes campesinos. Una vez más, se evidencia la ausencia de análisis estructurales en los escritos de Martí.

Puesto que el periodismo sindicalizado constituía una de sus principales fuentes de ingreso, le tranquilizaba saber que su correspondencia era popularmente aceptada:

"Sin entra jamás en denuncias ni censuras concretas, sino que —y esto me halaga más— mi simple correspondencia me ha atraído el cariño y la comunicación espontánea de los hombres de mente más alta y mejor corazón de la América que habla castellano".

Pero sentía perplejidad ante el hecho de que su correspondencia, publicada en 1887 en veinte periódicos latinoamericanos, tuviese más éxito en el Cono Sur que en Méjico⁵⁹. Esta perplejidad era un indicio de la falta de comprensión de Martí de estructuras sociales y políticas compartivas: el potencial de lectores de todo tipo de periodismo era mayor en el Cono Sur que en el Méjico porfiriano, debido a tasas más altas de urbanización, mayores niveles de alfabetización y a un clima político más conducente a libre intercambio y a la publicación de ideas liberales.

Para Martí era crucial el que Cuba no cometiese el error de la emulación excesivamente mecánica de los modelos europeos y norteamericanos. Aconsejó contra el exceso de preocupación por artificios, teorías y aplicación de modelos ajenos a las circunstancias locales. Era vital, indicaba, que Cuba evitara repetir los errores de las repúblicas hispanoamericanas iniciales; sugería también, sin embargo, que ésto era poco probable, dado que Cuba disfrutaba de una madurez política cuya ausencia

57. O.C., VIII, 1883, p. 405; Donald Denoon, *Settler Capitalism: the Dynamics of Dependent Development in the Southern Hemisphere* (Oxford, 1983).

58. O.C., XXIII, 1882, p. 224.

59. O.C., XX, 1887, p. 112; XX, 1887, p. 85. En su periodismo, Martí era particularmente efectivo e inmediato al reportar discursos directos. Su descripción de dramas cortesanos contiene una cuidadosa imitación del realismo. Ver O.C., IX, 1881 pp. 76-7, 148-50. Era también efectivo en el periodismo ligero sobre temas de interés general, como el del ferrocarril elevado de Nueva York y Berlín, o sobre la posibilidad de un túnel en el canal que conectara Inglaterra y Francia O.C., XXIII, 1882, pp. 299-300.

en el continente en la década de 1820 era evidente. El énfasis puesto por Martí en la necesidad de diseñar soluciones autóctonas para los problemas de Hispanoamérica y del Caribe fue expresado claramente en el Manifiesto de Montecristi (1895), que puede interpretarse como la formulación definitiva de sus actitudes políticas maduras. Era esencial eludir la repetición de los errores en los que habían incurrido las “repúblicas feudales o teóricas de Hispanoamérica:

“El error de ajustar a moldes extranjeros ... la concentración de la cultura meramente literaria en las capitales; el erróneo apego de las repúblicas a las costumbres señoriales de la colonia; la creación de caudillos rivales consiguiendo al trato receloso e imperfecto de las comarcas apartadas; la condición rudimentaria de la única industria, agrícola y ganadera; y el abandono y desdén de la fecunda raza indígena ...”⁶⁰.

Patriotismo y nacionalismo —*cubanidad*— eran temas recurrentes en los escritos de Martí. Una temprana insistencia (1871) sobre la integridad patriótica fue subsecuentemente desarrollada, intensificada probablemente por la experiencia del exilio⁶¹. En sus primeros escritos identificaba asimismo Martí la lucha cubana de independencia con aquellas de las de otros países del continente hispanoamericano contra España, con la de los Estados Unidos contra Inglaterra, con la de Italia contra Austria y la de España contra Francia⁶². Según Martí, el patriotismo era una “fuerza sagrada” y purificadora cuando propiciaba la felicidad humana, y debía ser censurado tan sólo cuando dividía a los pueblos⁶³. En sus escritos de 1892, caracterizaba los aspectos esenciales del patriotismo así:

“La pasión republicana, la ansiedad de la acción, la unión de las energías, el orgullo de la virtud cubana, la fe en los humildes y el olvido de las ofensas, moverán, y nada más, nuestras plumas”⁶⁴.

Para Martí, la redención nacional se encontraba estrechamente vinculada con la raza. En sus primeros escritos puede verse un estereotipo negativo del *mestizaje* en el cual Hispanoamérica era víctima de una herencia de heterogeneidad étnica, y su desarrollo se encontraba retardado por la combinación de la falta de una ética del trabajo entre los

españoles y la resignación pasiva de los indios. En sus publicaciones posteriores, sin embargo, Martí evoluciona hacia un estereotipo positivo, en el cual *nuestra América* disfruta de las ventajas peculiares del mestizaje, que surgió de la fusión de las supuestas cualidades positivas de los indios, tales como la paciencia y la generosidad, con aquellas de los españoles, valor y determinación. El *mestizaje* le conferiría a Hispanoamérica un potencial para la integración nacional impensable en Asia o en Europa, y la colocaría en una posición ventajosa para enfrentar la penetración norteamericana.

Martí rechazaba decididamente la génesis de una política económica internacional agresiva, cristalizada en el Congreso Panamericano de 1889-90 y en la Comisión Monetaria Americana Internacional de 1891. De hecho, así como los eventos ocurridos en 1886-87 le habían conducido a una radicalización de su apreciación del ordenamiento interno de la sociedad norteamericana, aquellos de 1889-91 consolidaron sus ideas sobre las ambiciones externas de dicho país. Apartándose de la tesis convencional de que una república era incapaz de ambición imperialista, Martí consideraba el incipiente Panamericanismo como una desviación de las tradiciones del idealismo bolivariano, y como un pretexto mal encubierto para promover una codiciosa alianza entre la gran industria y los políticos, decidido a propiciar intereses antagónicos a los de *nuestra América*, incluyendo la consumación de las ambiciones anexionistas y obligando a los países hispanoamericanos a romper sus vínculos con sus socios comerciales europeos. Martí veía algunos motivos de optimismo en los debates, dado que las propuestas agresivas de los Estados Unidos evocaban un grado de unidad latinoamericana sin precedentes, mientras que las agudas divisiones internas de la delegación norteamericana en lo referente a tácticas y estrategias pasaban al dominio público⁶⁵.

Ver a Martí como un acabado nacionalista económico sería proyectar actitudes ahistóricas correspondientes a un período posterior. En economía era Martí un liberal pragmático, que argumentaba en favor de la aplicación selectiva de los límites de tarifas y de los acuerdos comerciales con el fin de proteger la naciente industria. El proteccionismo se justificaba en términos de la noción liberal según la cual las entidades naturales debían tener libertad de crecimiento, pero que requerían a veces ayuda en sus estadios iniciales. Martí no se apartaba de las convenciones liberales al prescribir una economía basada principalmente en la agri-

60. O.C., IV, 1895, pp. 93-101.

61. O.C., I, 1871, pp. 45-76; I, 1887, p. 199.

62. O.C., I, 1873, pp. 93, 104.

63. O.C., I, 1892, pp. 320, 329.

64. O.C., I, 1892, p. 323.

65. Especialmente, O.C., VI, 1889, pp. 46-62; VI, 1891, pp. 149-66.

cultura para Hispanoamérica, sosteniendo que Latinoamérica gozaba de ventajas comparativas para la exportación agrícola, ni al concebir naciones de pequeños agricultores sin los extremos de la incorrecta distribución del ingreso.

En Méjico, manifestó su profunda hostilidad hacia las propuestas de acuerdos comerciales con los Estados Unidos, cuyo único beneficiario, según Martí, sería este país por cuanto Méjico disponía ya de un acceso adecuado a los mercados vecinos y una pequeña variedad de productos mejicanos serían intercambiados por gran variedad de manufacturas norteamericanas y por algunos alimentos⁶⁶. Se mostró igualmente inexorable en su rechazo de las concesiones ferroviarias porfirianas, que consideraba excesivamente generosas para los intereses norteamericanos. Sin embargo, Martí adoptaba simultáneamente un pragmatismo convencional al argumentar en contra de la continua dependencia en el sector minero. Sus preocupaciones tenían tres aspectos: las economías latinoamericanas eran excesivamente vulnerables a la oscilación de los precios y a la competencia extranjera; las ganancias se encontraban exageradamente concentradas en las manos de unos pocos empresarios, y la minería era poco conducente a la formación de hábitos industriales.

Para Martí, el internacionalismo no se oponía al nacionalismo. Siguiendo a Bolívar, sus escritos consignan diferentes grados de nacionalismo y de internacionalismo. Un nacionalismo cubano que cobijara tanto a los exilados como a los residentes de la isla era la mayor preocupación de Martí. Se dirigía asimismo al antillanismo, a la solidaridad de los nacionalistas hispanos del Caribe. Martí manifestaba un interés general por la evolución de la identidad hispanoamericana, que incluía el Caribe hispano y a aquellas personas de origen hispanoamericano radicadas en Estados Unidos; en ocasiones expresaba su identificación con los patriotas y nacionalistas de todo el mundo colonial.

El *antillanismo* había precedido muchos años a Martí. Una causa común había unido a los nacionalistas cubanos y portorriqueños en Nueva York en 1850⁶⁷. Posteriormente, en 1867, el ideólogo dominicano, Ramón Betances, exilado en Nueva York y en Haití, quien utilizaba por pseudónimo *El Antillano* en *Voz de América - Órgano de las antillas españolas* (1865-1867), publicación en pro

de la independencia de Cuba y Puerto Rico, proclamó una federación antillana. La conciencia de problemas compartidos se evidenciaba en la organización de la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico (1865) y en el Comité Revolucionario; también en la colaboración en la fracasada insurrección de Lares en 1868 y en la guerra de 1868-78.

La guerra de Perú y Chile contra España despertó la esperanza entre los nacionalistas cubanos y portorriqueños de encontrar apoyo en el continente para lograr la realización de la lucha de independencia, brevemente sustentada por la misión chilena precedida por Benjamín Vicuña Mackenna, quien inútilmente propuso un ataque naval concertado de Colombia, Venezuela, Chile y Perú contra España, en sus posiciones más vulnerables —las colonias del Caribe⁶⁸.

La solidaridad se convertía en tema permanente a medida que la agresividad de la expansión estadounidense aumentaba. Martí y otros cubanos expresaron su apoyo militante a aquellos nacionalistas dominicanos descontentos con sus compatriotas que apoyaban las ofertas norteamericanas para la adquisición de la Bahía de Samaná en 1889⁶⁹. En la década de 1890 hubo manifestaciones adicionales de acción conjunta. Betances fue elegido representante del Partido Revolucionario Cubano en París. Hostos, por quien Martí expresaba cierta afinidad desde 1875, asumió el liderazgo en la formación de una Sección Portorriqueña del Partido Revolucionario Cubano en 1895⁷⁰.

Paul Estrade ha formulado la hipótesis de que la toma de conciencia nacional más radical que pueda observarse en el mundo colonial en las últimas décadas del siglo XIX, se dio en el Caribe hispano. En Martí, Hostos, Betances y Luperón, ve Estrade una mezcla de liberalismo democrático que enfati-

68. Carlos M. Rama, *La independencia de las Antillas y Ramón Emeterio Betances* (San Juan, 1980), esp. pp. 52-4.

69. Martí realizó tres viajes a la República Dominicana, conmemorados en E. Rodríguez Demorizi, ed. *Martí en Santo Domingo* (Segunda edición, Barcelona, 1978), esp. p. 35. Sobre temas relacionados, ver Christopher Abel, "Politics and the economy of the Dominican Republic, 1890-1930", en C. Abel y C.M. Lewis, *Latin America, Economic Imperialism and the State: the Political Economy of the External Connection from Independence to the Present* (Londres, 1985), pp. 339-66.

70. Las concepciones de Hostos y de Martí eran similares. No ha sido aclarado todavía si existió entre ellos un intercambio de ideas, o si llegaron a opiniones análogas independientemente. O.C., VIII, 1876, p. 54. Emilio Roig de Leuschenring, *Hostos y Cuba* (Segunda edición, Habana, 1974), esp. pp. 76-82, 88. Carmelo Rosario Natal, *Puerto Rico y la crisis de la guerra hispanoamericana (1895-1898)* (Hato Rey, 1975), pp. 79-98; Joaquín Freire, *Presencia de Puerto Rico en la historia de Cuba* (San Juan, 1966), esp. p. 107.

66. Especialmente, O.C., VII, 1883, pp. 20-2.

67. Emilio Roig de Leuschenring, *Hostos y Cuba* (Habana, segunda edición, 1974), pp. 78-82.

za la libertad personal y gobierno representativo; libertad de control externo de la empresa e importancia de la instrucción pública, con un énfasis más radical en el antirracismo, antiimperialismo y en el *antillanismo*⁷¹.

Problemas relativos a la penetración externa de un capitalismo estadounidense dinámico, que apenas llegó al Brasil en la década de 1930 y mucho después a la Argentina, fueron confrontados por Cuba en las décadas de 1880 y de 1890, debido a la cronología de la expansión norteamericana. Una característica adicional del *antillanismo* que merece atención en la insistencia de Martí en la posibilidad de explotar el poder nacional de negociación. La idea de que las islas del Caribe (y las naciones continentales) pudiesen utilizar en su provecho la disputa sobre la ascendencia externa que no había sido resuelta, fue esbozada por Martí, pero no suficientemente desarrollada; no ofrece ninguna precisión sobre las circunstancias en las cuales *nuestra América* pudiera explorar las oportunidades de enfrentar a los poderes europeos contra los Estados Unidos⁷².

El internacionalismo de Martí era primordialmente hispanoamericano, pero llegó a extenderse a los conflictos anticolonialistas de otras regiones; Martí se identificaba con la resistencia egipcia al imperialismo británico, y con la de Túnez a los franceses. Su breve crítica seguía la línea del pensamiento radical antiimperialista de su tiempo, que enfatizaba los costos humanos y financieros del activismo imperialista e interpretándolo como una distracción demagógica de los conflictos domésticos⁷³. Sin embargo, este análisis no era objeto de ulterior desarrollo.

5. Martí y la política pragmática

La elevada erudición literaria que ensalza la ideología y la poesía de Martí, muchas veces desconoce su consumada habilidad como político pragmático. Martí estaba decidido a convertir el compromiso patriótico en una coalición republicana efectiva de oposición que, dirigida desde el exilio, se apoyaría en pasadas experiencias para articular las aspi-

raciones residentes en Cuba y fuera de ella⁷⁴. Se propuso conseguir fondos, en los Estados Unidos y en Jamaica, a través de grupos revolucionarios de ayuda mutua, posiblemente con matices masónicos, en los cuales las diferencias de ideología, clase, raza y religión estarían subordinadas a los objetivos nacionales. La meta explícita de Martí era la pronta deposición del régimen colonial español y el establecimiento de un sistema de grupos revolucionarios. Intentando elaborar las directrices generales de una sucesión republicana, sin entrar en problemas potencialmente conflictivos como aquél de la naturaleza de su estructura o el de la cronología de la transición a la república, Martí se dedicó a establecer procedimientos y procesos ordenados dentro de una coalición flexible y heterogénea pero duradera, basada en el sentimiento nacionalista y en el principio de la acción organizada⁷⁵.

Martí consideraba que el Partido Revolucionario Cubano (PRC) era fundamental en lo referente a la clarificación de los objetivos, propósito y carácter de la lucha de independencia; veía también en él un núcleo de gobierno para la república independiente del futuro que diseñara un marco político para la paz. Las prácticas de reclutamiento y la correspondencia regular que alimentaban la identificación popular con el PRC fueron promovidas por Martí, por cuanto estaba convencido de que un alto grado de identificación popular era esencial para la conservación de la república. Consideraba valioso el PRC en tanto que podría aportar a un futuro electorado la experiencia de la participación democrática, y acostumar a los dirigentes a la noción de la responsabilidad ante la totalidad del partido y no solamente ante quienes detentan el poder financiero.

La actitud de Martí frente a los anexionistas era ambivalente. Por una parte, los atacaba argumentando que su causa se limitaba a posponer el triunfo final de la independencia⁷⁶; por otra parte, mostraba una prudencia pragmática al reconocer la sinceridad de algunos anexionistas, y al aliarse con los comerciantes criollos, impacientes con el rechazo inmodificable de los españoles de las pro-

74. Sobre la coordinación de emigrantes y trabajadores de tabaco, Jean Stubbs, *Tobacco on the Periphery. A Case Study in Cuban Labor History* (Cambridge, 1985), p. 109; "Dandy or Rake? cigar Makers in 1860-1958" en C. Abel y M. Twaddle (comps.) *Caribbean Societies, Volume I. Collected Seminar Papers No. 29* (Institute of Commonwealth Studies, Londres, 1982), pp 17-25.

75. O.C., I, 1887, pp. 18-9; y elaboración subsiguiente de "Bases del Partido Revolucionario Cubano" y "Estatutos secretos del Partido", I, 1882, pp. 279-80, 281-4. También I, pp. 436-9.

76. O.C., II, 1892, p. 49.

71. O.C., VI, 1889, p. 160.

72. Paul Estrade, "Remarques sur le caractère tardif et avancé de la prise de conscience nationale dans les Antilles espagnoles", *Cahiers du monde hispanique et luso-brasilien, Caravelle* No. 38, 1982, pp. 87-117.

73. O.C., XVI, 1881, p. 117.

puestas tendientes a dismantelar los elementos arcaicos del estado colonial. Protestando contra las incongruencias existentes entre las estructuras económicas y las políticas españolas, algunos segmentos de las élites financieras cubanas perseguían una creciente incorporación dentro de la órbita económica norteamericana. Preocupado porque el ideal de una *Cuba libre* no se sacrificara a intereses transitorios, Martí reconocía implícitamente la conveniencia táctica de establecer alianzas con los anexionistas y con los terratenientes susceptibles de ser convertidos a la causa de la independencia. Martí, sin embargo, censuraba en 1892 la timidez de las clases propietarias:

“Y quién, dice el propietario tímido, me garantiza que después del triunfo de la revolución, no continúe yo padeciendo bajo los revolucionarios ambiciosos e impotentes, bajo un país de abogados sin empleo y de caudillos encabezados, lo mismo que padezco bajo este gobierno español de prostitución y simonía?”⁷⁷.

Preocupado porque el ideal de una *Cuba libre* no se sacrificara a intereses transitorios, Martí intentaba evitar que ocurrieran divisiones y deserciones del PRC como resultado de la mezquindad de los intereses particulares o de las diferencias regionales y seccionales.

Martí, el pragmatista, identificaba la oportunidad de tomar la iniciativa política a principios de la década de 1890. Gran parte del debate político anterior se había centrado en la reforma del estado colonial, en la posibilidad de la participación política criolla basada en restringidas concesiones que conllevaba exigencias estrictas de propiedad y de cultura, y en una mayor incorporación a la toma de decisiones de grupos de presión, como la Sociedad Económica, que representaban sectores estratégicos y exigían que se diera una orientación dinámica a la economía cubana. En 1890, sin embargo, este debate había perdido toda su fuerza. Inclusive los conservadores criollos, para quienes el mantenimiento del orden, la búsqueda del crecimiento económico y la promoción de Cuba en la economía mundial constituían las prioridades principales, reconocían que la estructura colonial era obsoleta. El Movimiento Económico, formado a partir del Partido Reformista, que encarnaba la opinión de los grupos de propietarios que no tenían un interés directo en perpetuar la conexión hispano-cubana en las formas establecidas, no logró enraizarse y perdió todo ímpetu. De esta manera, surgió la oportunidad de que Martí y sus aliados llenaran un vacío político; de allí surgió también el imperativo

táctico de aplacar a los sectores detentores de propiedades, alarmados de que el programa de democratización y la ecuación establecida por Martí y Maceo entre la independencia nacional y la sociedad multirracial pusieran en peligro sus intereses. Por la misma causa, existían razones apremiantes para asegurar a los emigrados españoles que no serían victimizados en un orden republicano⁷⁸.

Martí estaba decidido a eludir en Cuba un problema que había encontrado tanto en Méjico como en Guatemala. Observando ambos países desde el medio optimista y atípico de la inteligencia liberal capitalina, había ignorado inicialmente la persistencia y tenacidad del *caudillismo* y del *caciquismo* y el peligro que representaba para la tradición radical de virtud republicana las estructuras locales y regionales de poder encarnadas en Lerdo, cuyos vínculos principales eran personalistas y clientelistas⁷⁹. Por esta razón, en Méjico (quizás no en Guatemala), Martí fue tomado de sorpresa al descubrir que el liberalismo era propenso a la regresión y a la dictadura militar⁸⁰.

El choque de Martí con los elementos *caudillistas* del liderazgo militar de Máximo Gómez amenazó con destruir la coalición independentista cívico-militar. La aparentemente inmoderada afirmación de Martí de que la lucha cubana no era “propiedad exclusiva”⁸¹ de ninguno de sus líderes, ha provocado la ira de comentaristas tales como Philip S. Foner, quien analiza duramente a Martí, señalando su desconocimiento del contexto continental en el cual el idealismo revolucionario se convertía en militarismo. Martí, sin embargo, conocía bien esta tendencia:

“A diferencia de Maceo, quien conocía la necesidad de una autoridad fuerte en la lucha revolucionaria debido a su experiencia, y se inclinaba a tolerar la conducta dictatorial

78. Paul Estrade, “Cuba a la veille de l'indépendance: le Mouvement Economique (1890-1893) I: Faits et Jalons pour son histoire”, *Mélanges de la Casa de Velásquez*, Tomo XIII, (1977), pp. 385-424, II “Bilan et essai d'interprétation”, *Ibid.*, Tomo XIV, (1978), pp. 357-80. También *O.C.*, III, 1894, pp. 72-3.

79. *O.C.*, VI, 1875, p. 304; XIV, 1881, p. 57.

80. Ibarra, *op. cit.*, pp. 5-40. Escribiendo en Méjico en el complaciente ambiente de la *Revista Universal*, Martí parece desconocer el impacto destructivo del clientelismo y de la maquinaria política que debilitaban un idealismo liberal; y descuida la consideración del aparato administrativo —la competencia del sistema de contabilidad, la formación de agencias recolectoras de información esencial— cuestiones que no eran quizás material para un tipo de periodismo excitante, pero sí esenciales para el bienestar y eficacia del estado liberal.

81. *O.C.*, I, 1884, p. 178.

de Gómez, Martí veía en la conducta de Gómez un mal que debía ser combatido antes de que el movimiento revolucionario degenerara en una ejecución personal, divorciada de las masas populares ...”⁸².

La evaporación del compromiso revolucionario en la política del miope interés propio en la década de 1900, y más tarde en las bandas de ladrones y asesinos de las décadas de 1930 y 1940, dan la razón a Martí más bien que a Foner, por cuanto Martí colocaba en primer lugar el imperativo de mantener una lucha nacional unificada

“impedir que las simpatías revolucionarias en Cuba se tuerzan y esclavizen por ningún interés de grupo, para la preponderancia de una clase social, o la autoridad desmedida de una agrupación militar o civil, ni de una comarca determinada, ni de una raza sobre otra”⁸³.

En su lucha, el autonomismo no tenía ningún lugar. Para Martí no fue nunca una alternativa, ni siquiera un expediente a corto plazo o una fase transicional. La generosidad pragmática que extendió a los anexionistas no cobijaba a los autonomistas. En 1894, ya era claro para Martí que no existía una opción intermedia entre la independencia y el estado colonial, y que era esencial impedir la recurrencia del ciclo conocido de promesas concesionarias de parte del gobierno español, que separaba los elementos “moderados” de la lucha *independentista*, seguidas por la reafirmación de la autoridad española y el retiro de las concesiones. Martí expresaba su total falta de confianza en el autonomismo:

“La reacción autonomista, lejos de ponernos en mal, nos ha servido de bandera: aturdida está, y la seguiremos aturdiendo: los que están con nosotros, con nosotros siguen; con los que pudieran estar con los autonomistas, nosotros no contábamos”⁸⁴.

Perspectivas

Martí exhibió un idealismo radical, atemperado por el pragmatismo liberal colocado al servicio de la causa revolucionaria. El objetivo de una *Cuba libre* suminsitro un impulso sólido e inmodificable que determinaba sus opciones. Sin embargo, su concepción de una Cuba independiente nunca se encontró completamente articulada; la sugestiva observación formulada en 1893 nunca fue posteriormente desarrollada:

82. Philip S. Foner, *Antonio Maceo - the 'Bronze Titan' of Cuba's Struggle for Independence* (New York, 1977), p. 121.

83. *O.C.*, I, 1887, p. 214, 217.

84. *O.C.*, III, 1894, p. 314.

“Independencia es una cosa, y revolución otra. La independencia en los Estados Unidos vino cuando Washington, y la revolución cuando Lincoln”⁸⁵.

Totalmente conciente de la destructividad de la guerra (“Las guerras no son cosas de bastidor y de merengue ...”⁸⁶), Martí preveía una breve lucha que culminaría en la independencia. Sus cálculos, no obstante, fueron errados. La guerra se prolongó. Su destructividad, recientemente analizada por Luis Pérez Jr., apresuró el proceso de descapitalización de las plantaciones cubanas y españolas, acelerando la penetración de la incipiente empresa transnacional⁸⁷.

La historiografía revisionista que busca desmitificar a Martí, deja todavía sin responder numerosas preguntas. ¿Puede atribuirse a sus prolongadas ausencias de Cuba una errada interpretación de las condiciones existentes en la década de 1890? ¿Hasta qué punto subestimó Martí la escala de penetración de las empresas radicadas en Estados Unidos antes del comienzo de la guerra en 1895? ¿No fue Martí excesivamente optimista al considerar que las circunstancias eran propicias para el surgimiento de una ideología igualitaria entre los campesinos y hacendados? ¿Lo inclinó su ausencia a sobrevalorar el nivel de solidaridad multirracial entre los cubanos? ¿Sobrevaloró también el alcance de la guerra como elemento integrador y nivelador entre trabajadores rurales y urbanos, campesinos, pequeños comerciantes, exilados y residentes cubanos? ¿Era imposible para Martí, a partir de la información disponible en ese momento, evaluar con precisión el grado de compromiso de Cuba con la causa de la independencia, así como la terca tenacidad y la adaptabilidad táctica y estratégica de la España metropolitana? ¿Calculó equivocadamente sobre la base de un apoyo material hispanoamericano poco ajustado a la realidad? Los limitados recursos facilitados por Eloy Alfaro desde Ecuador, a quien había sido presentado por Vargas Vila en Nueva York, no ocultaban la ausencia de apoyo venezolano o mejicano, ni la oposición del gobierno conservador ultramontano de Miguel Antonio Caro en Colombia, quien, a comienzos de la Guerra de los Mil Días, idealizaba el orden autoritario de la colonia española y había dado respaldo diplomático a la España metropolitana.

85. *O.C.*, II, 1893, p. 196.

86. *O.C.*, I, 1890, p. 261.

87. Luis A. Pérez Jr., “Insurrection, Intervention, and the Transformation of the Land Tenure Systems in Cuba, 1895-1902”. *Hispanic American Historical Review*, 65, 1985, pp. 229-54.

El problema de las peculiaridades de la composición del Partido Revolucionario Cubano merece detenida atención. ¿Eran los recursos del PRC suficientes para coordinar una guerra prolongada? ¿No se extendieron excesivamente a causa de los compromisos contraídos con una Sección Portorriqueña? ¿Cuál fue la importancia del cambio interno del PRC orientado hacia la facción anexionista, dirigida por Tomás Estrada Palma, después de la muerte de Martí? Recordando las numerosas ocasiones en las que Martí meditó sobre su propia mortalidad, ¿por qué no preparó un heredero, o un grupo de herederos para sucederlo?

De Venezuela, el prominente historiador marxista Germán Carrera Damas ha concluido recientemente:

“El culto a Bolívar ha llegado a constituir la columna vertebral, en ocasiones el universo, del pensamiento”⁸⁸.

Martí ha ocupado una posición paralela, aunque no idéntica, como héroe epónimo y vocero de Cuba. Los escritos revisionistas cubanos han inaugurado la tendencia que disipa la propensión a la hagiografía martiana. Puede predecirse con fiabilidad que una detallada investigación académica de las difíciles preguntas que rodean la carrera de Martí sólo contribuirán a realzar su importancia.

88. Germán Carrera Damas, “Simón Bolívar, el culto heroico y la nación”, *Hispanic American Historical Review*, 1983, esp. p. 109, donde Carrera Damas desarrolló temas previamente explorados en su preeminente libro *El culto a Bolívar* (Caracas, 1964).

Caballero, Luis (1943 -)
Pintor colombiano, dibujante y grabador.



Dibujo. Tinta sobre papel